


SUSANA LÓPEZ RUBIO

FLOR DE SAL



ESPASA

SUSANA LÓPEZ RUBIO

FLOR DE SAL



ESPASA  NARRATIVA

© Susana López Rubio, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 18.250-2019
ISBN: 978-84-670-5595-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

1

Cuando yo era una niña, mi padre se marchó a vivir a Sudamérica y me rompió el corazón. El día antes de partir hacia el otro lado del mundo, me dio un consejo:

—Pequeña, no puedes encerrar a las hormigas. Lo entiendes, ¿verdad?

Para comprender sus palabras, es preciso conocer algunas cosas acerca de la vida de mi familia y, más concretamente, de las de mis padres.

Mi madre, María Henar Vega-Pembroke, nació en el seno de una familia acomodada y un tanto peculiar. Roque Vega, mi abuelo materno, era un joven marqués madrileño aquejado de asma que tuvo la buena fortuna de coincidir en un balneario en Valencia con Elizabeth Pembroke, una señorita londinense que había recalado en Levante para tratarse de una neumonía persistente. Al poco de iniciarse sus relaciones, ambos no solo recuperaron la salud, sino que volvieron a Madrid y se casaron en menos que canta un gallo. Los Vega-Pembroke vivían de las rentas que les proporcionaban un negocio de simones y unas ganaderías, propiedad de la familia de mi abuelo. Como los dos eran católicos devotos, tenían la per-

manente ilusión de traer al mundo una generosa descendencia, pero pasaron los años y, en el palacete en el paseo de la Castellana en el que vivían, las habitaciones que habían destinado para criar a su prole seguían vacías. Lo intentaron todo: visitas a Lourdes, ofrendas en todas las iglesias de Madrid e incluso infusiones de hierbas de las curanderas que vivían bajo los puentes del Manzanares... Y nada. Así que cuando los dos pasaban ya de los cuarenta y habían perdido la esperanza de tener chiquillos, el embarazo de mi abuela fue poco menos que un milagro. Ni que decir tiene que la pequeña María Henar se convirtió en su razón de vivir. Una princesita mimada a la que las sirvientas daban de comer las papillas con una cucharita de plata.

A diferencia de mi madre, criada entre sábanas de seda en un palacete, la familia de mi padre, los Carrión Cordero, originarios de Extremadura, eran gente campechana. Ninguno de mis antepasados paternos había olido un título nobiliario y se habían abierto paso en la vida a golpe de azadón y echándose el petate al hombro para buscarse la vida por el mundo. Gente con visión de futuro, viajeros, con olfato para los negocios. Desde mi bisabuelo, los hombres de mi familia paterna se dedicaban a la importación y fabricación de los artículos más novedosos en cada momento. El mismo sistema les había servido a los tres para amasar sus fortunas. Viajaban por Europa y América en busca de nuevos inventos y hacían negocios aquí antes que nadie.

Todo comenzó cuando don Diego, mi bisabuelo, se encontraba en Francia trabajando en los cultivos de patatas y conoció a un farmacéutico francés que había inventado unas dentaduras postizas con dientes de porcelana. Mi bisabuelo había perdido varios dientes de joven por culpa la cox de un caballo y para reemplazarlos utilizaba un incómodo trozo de caucho con dientes de muertos encajados, lo que siempre le había provocado repugnancia. Los dientes de porcelana eran mucho más higiénicos que los dientes ajenos, y no había que sufrir imaginándose qué cosas asquerosas habría masticado

su antiguo propietario. Quedó fascinado con el invento. Tanto que no paró hasta convencer al inventor de que le dejara comercializarlo en España. Las modernas dentaduras fueron un éxito y de un día para otro le convirtieron en un hombre adinerado, así que se animó a invertir en nuevos productos y llegó a ser dueño de una fábrica de pararrayos de hierro.

Mi abuelo, don Rodrigo, siguió su ejemplo, e hizo prósperos negocios con máquinas de coser y estetoscopios. Comerció con pintalabios, tintes de pelo, pianos y bicicletas. También cometió errores, como cuando invirtió en la importación de corsés eléctricos o en sombreros de copa plegables, pero los éxitos superaron con creces a los fracasos. Sin embargo, lo que le cambió la vida realmente fue asistir a la Exposición Universal de Londres. Sin salir del Palacio de Cristal, tan inmenso que habría podido albergar una catedral y que se había construido para la ocasión en Hyde Park, los visitantes podían explorar el mundo entero en un solo día. Entre los tesoros que se exponían había maravillas como un barómetro fabricado con frascos llenos de agua con sanguijuelas. Las sanguijuelas anticipan el mal tiempo, y si se arrastraban hasta el borde de los frascos para salir del agua, accionaban unas campanillas y eso significaba tormenta segura. Don Rodrigo también admiró los daguerrotipos, y se quedó maravillado ante una cama que tenía un mecanismo conectado a unos muelles y expulsaba a su ocupante cuando llegaba la hora de levantarse. Pero su encuentro más importante no fue con ninguno de estos ingenios, sino con la exposición misma: se persuadió de que las *novelty fairs* eran los escaparates perfectos para encontrar los últimos inventos y hacer negocios, y a partir de entonces mi abuelo se dedicó a viajar por Europa sin descanso, visitando desde las grandes exposiciones hasta las ferias más modestas. Llegó a acuerdos en París, Viena, Berlín, Roma... De vuelta de uno de sus periplos, en Bayona, además de llegar a un acuerdo con un fabricante de estatuas funerarias de mármol de imitación —igual de elegantes que las de mármol de verdad, pero mucho más accesibles para la clase

media—, se casó con una muchacha joven y animosa: Isabel. Con la puntualidad de los árboles, que dan fruto cada año, Isabel le dio tres hijos, tres varones. Pero el garrotillo se llevó al primogénito, la escarlatina al del medio y solo sobrevivió el menor: mi padre, don Gonzalo.

En definitiva, la tradición familiar era lucrativa, aunque no exenta de complicaciones, ya que los inventos novedosos tienen la desventaja de dejar de serlo cuando se popularizan, y para cuando el hijo tomaba el relevo del padre, los objetos que habían enriquecido a su predecesor ya no daban dinero. Era hora de buscar más novedades. Cada generación debía labrarse su propia fortuna. Un reto que mi padre aceptó gustoso.

Alto, de cabello moreno y rizado domado con pomada, con un frondoso bigote, cuando se ponía su traje y su sombrero, mi padre era lo que las abuelas llaman «un buen mozo».

Un buen mozo que lo que tenía de guapo también lo tenía de listo y que supo revitalizar el negocio de las importaciones de su abuelo y su padre con la venta en España de un ingenioso artículo, procedente de Inglaterra, que le proporcionó billetes a espuestas. Un pequeño objeto de alambre en forma de S doblada sobre sí misma que tomó su nombre de su función: sujetapapeles o clip. La recién nacida burocracia provocó que en todos los ministerios u oficinas existiera la necesidad de agrupar papeles, y coserlos o perforarlos, además de dañino para los documentos, era de lo más engorroso. Con los ingeniosos sujetapapeles, mi padre les ofrecía una solución mucho más práctica.

Justo antes de que los caminos de mis padres se cruzaran, mi familia materna no pasaba por un buen momento. Mi abuelo y mi abuela estaban mayores y el negocio de los simones y las ganaderías, que les habían reportado buenas rentas hasta entonces, empezaban a hacer aguas. Sin un heredero varón, su única posibilidad de salir adelante era casar a María Henar con alguien de buena familia. Pero las familias nobles de Madrid eran de todo menos tontas y, al olerse la

desesperación, dieron instrucciones precisas a sus hijos para que no se dejaran pescar por aquella jovencita encantadora, de cabello castaño, piel suave y ojos de un verde gatuno. De modo que María Henar, en plena edad de merecer, no tenía pretendientes.

El primer encuentro de mis padres fue obra del cielo, literalmente. Ocurrió el 10 de febrero de 1894, en la calle de Alcalá. María Henar había salido a pasear acompañada de una criada. Gonzalo iba de camino a la calle de Pontejos, a comprarse un abrigo. Eran las nueve y media de la mañana y la ciudad estaba enredada en sus quehaceres. Hasta que, de repente, el cielo entero se iluminó y un relámpago azulado hizo que Madrid brillara intensamente durante unos segundos. Después del fogonazo, una explosión hizo temblar la calle entera. Los transeúntes, aterrados, se echaron al suelo, mientras que la gente en las casas salió a los balcones, aún con las ropas de cama, a ver qué sucedía. El susto lanzó a mi madre en brazos de mi padre, que galantemente se ofreció a acompañarla a casa, ya que la criada había salido corriendo a refugiarse en la parroquia más cercana, convencida de que estaba asistiendo al fin del mundo. En el camino, María Henar no se soltó del brazo de Gonzalo. Hablaron poco, pero se separaron encandilados los dos ante la reja del palacete.

Al día siguiente pudieron leer en *El Liberal* que los restos de un cometa, un bólido, había caído en Madrid. «Un cuerpo extraño, de forma esférica y color rojizo, ha dejado deslumbrados a cuantos contemplaban el fenómeno». El bólido se convirtió en la sensación de la ciudad, ya que, tras el fogonazo, el cuerpo celeste había explotado y sus pedazos quedaron esparcidos por multitud de barrios: Ventas, Vallecas, Getafe, Prosperidad... El mayor fragmento de aquel meteorito, que cayó cerca del hipódromo, se lo regalaron a Antonio Cánovas del Castillo, el presidente del Consejo de Ministros. Y gracias a su don de gentes y a su desparpajo, mi padre logró comprarle otro de los trozos, del tamaño de una patata, a un tra-

pero de la Quinta de los Ángeles, que pretendía llevarlo a la Escuela de Minas. Con el bólido en el bolsillo, a los pocos días se presentó en el palacete de la Castellana para, con el permiso de mis abuelos, regalárselo a María Henar. Así, mis padres comenzaron a tratarse, y su amor avanzó a la velocidad del bólido en su trayectoria hacia la Tierra. Al fin y al cabo, ¿qué mujer no se enamoraría de un hombre que le regala un pedazo de estrella en lugar de los manidos bombones o las insípidas pastas de té?

Durante los primeros años de su matrimonio, mis padres fueron muy felices. Su unión les solucionó la vida a ambos. Mi madre aportó el lustre de su apellido y mi padre trajo a la familia lo que tanto necesitaban para salir a flote: dinero.

Tras la boda, mi padre se mudó al viejo palacete de la Castellana y, cuando mis abuelos maternos murieron, heredó la casa y el título. El resplandor espacial del primer encuentro de mis padres dio enseguida el fruto de un bebé sano y rollizo: yo, Julieta Carrión Vega. Pero el fulgor que los había unido no resistió el paso de los años.

Como a nadie le gusta pensar en las costumbres de sus padres dentro del dormitorio, yo no comprendí el error de los míos hasta muchos años después: su atracción había sido tan visceral que pasaron por alto sus diferencias, y eran muchas. La rutina las acrecentó, y se formaron grietas en su historia de cuento de hadas por las que terminó colándose el mundo real.

Al poco de mi nacimiento, sus desavenencias comenzaron a hacerse obvias. A mi madre le agradaba el orden, la tranquilidad, gustaba de organizar veladas sociales en casa para deleitar a las visitas, y su idea de la vida aventurera se colmaba con una excursión a la Boca del Asno los domingos. Mi padre, en cambio, se sentía encerrado en ese mundo de ágapes, tapetitos y paseos por el Retiro. La sangre de sus antepasados le impulsaba a viajar en busca de oportunidades. Ella casera y él callejero, aquello no podía durar toda la vida. De hecho, ni siquiera duró unos pocos años.

Antes de que a mí me quitaran definitivamente los pañales, llegaron las discusiones, los berrinches de mi madre y los desplantes de mi padre, que terminaban con la vajilla rota y las criadas atacadas de los nervios. Y también los comentarios envenenados y las miradas agrias, que herían más que los gritos. Cuando mi madre empezó a recurrir al insulto y mi padre a la falta de respeto, los dos supieron reconocer que la cosa había llegado demasiado lejos. Y, para no acabar aborreciéndose del todo, llegaron al acuerdo de llevar vidas separadas dentro de su matrimonio. Dejarse ver en público lo imprescindible para evitar las habladurías, pero luego, de puertas adentro, no dirigirse la palabra más allá de los «buenos días» o «buenas tardes» de cortesía. Los apasionados «te quiero» que al principio se habían susurrado al oído entre las sábanas de su cama se convirtieron en unos «te quiero» pronunciados sin ilusión delante de la familia en los cumpleaños, las Navidades y otras fiestas de guardar.

Como el meteorito* que los había unido, su amor pasó de ser un cuerpo celeste que iluminaba el cielo a estallar y convertirse en la roca negra y fría que tenían guardada en un aparador del salón para enseñar a las visitas.

* Se trata de una licencia poética, ya que el meteorito mencionado cayó en Madrid el día 10 de febrero de 1896 [*N. de la A.*].